

EL RECREO DE LAS FAMILIAS



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

15 de Agosto de 1872.

Núm. 35.

ERROR Y ESPIACION.

(Continuacion.)

—Os honran mucho esos sentimientos señor conde.

—Mi honor me dicta esa conducta.

Al llegar aquí se levantó el tapiz que cubría la puerta de la cámara y salió por ella D. Luis de Haro lloroso y conmovido. El pobre anciano ya no era el mismo hombre que hemos dado á conocer en los primeros capítulos.

La gravísima pena que le afectaba, había abatido su energía, y el ministro presentaba un aspecto verdaderamente digno de compasión.

Cuando divisó al conde de Castrillo y á Mendoza, corrió hácia ellos presuroso.

—Señor conde, para vos quedará el campo le dijo con triste acento, pero en nombre del cielo ayúdame á conseguir del rey el perdon de mi desgraciado hijo.

—Calmaos, duque, calmaos, eso mismo le estaba diciendo al señor de Mendoza, cuando habeis llegado.

—Será eso cierto?

—Os doy mi palabra.

—Y vos tambien, Mendoza, no esperaba yo menos de vuestra leal amistad, que veros

á mi lado en el dia de la desgracia. Entre-
mos, entremos, el rey esta solo.

Y D. Luis casi arrastrando al conde y á Mendoza volvió á entrar en la cámara del rey.

—Señor, dijo cayendo á sus pies, heme aquí otra vez con estos dos leales servidores de vuestra magestad, que vienen á unir sus súplicas á las mias para alcanzar el perdon de mi hijo.

Felipe IV estaba solo, sentado junto á una mesa, apoyada la cabeza sobre la palma de la mano, y muy grave y pensativo.

Cuando vió al conde de Castrillo y á Mendoza, los saludó con una espresiva mirada.

—Señor, prosiguió D. Luis siempre arrodillado á los pies del rey; señor, la vida de mi hijo es lo que pido á vuestra magestad. Señor, recordad mis servicios; señor ved el distintivo que ostento en mi pecho, dijo señalando la cruz de Santiago que bordada llevaba en la ropilla. Ello atestigua la lealtad con que mis antepasados han servido á vuestros angustos predecesores; ved esta real insignia que cuelga de mi cuello, y se tocaba el toison de oro, que debo á la munificencia de vuestra magestad, y que me autoriza á llamar hermano á mi rey y señor, pues á todo eso renuncio, y á mis títulos, honores y á cuanto poseo si me otorgais el perdon de mi hijo. Piedad, señor, piedad!

El rey continuaba grave.

—Ya os he dicho D. Luis que esperarais mis ordenes en vuestro palacio. Yo no quiero ni debo impedir que la justicia cumpla con su obligacion, ni el delito de lesa magestad que vuestro hijo ha cometido, debe quedar sin castigo. Cuanto mas grande es la gerarquia del criminal, mas severo y egemplar ha de ser el escarmiento, para que sirva de leccion á las futuras generaciones. Retiraos.

El rey dijo esto con tono tan imperioso, que D. Luis no se atrevió á insistir, y acongojado y lloroso se retiró con paso vacilante.

Cuando quedaron solos, el rey se volvió y dijo:

—A vos, señor de Mendoza, no os he mandado llamar.

—Lo sé señor, contestó el interpelado, pero á mí que me consta cuán grande y magnánimo es el corazon de vuestra magestad, he venido á someter á su imparcial justicia unas pruebas que dirán mucho en favor del infeliz marqués de Lichen.

—¿Y traeis esas pruebas?

—Sí señor, helas aquí.

Y entregó al rey los papeles.

—Está bien, os prometo examinarlas con detencion y obrar en su consecuencia.

—Su eminencia el cardenal de Sandoval, dijo el gentil hombre anunciando.

—Señor, dijo el cardenal entrando, el ministro de paz, de religion, el servidor humilde y leal de vuestra magestad, llega hoy pidiendo la vida de un desgraciado.

—Tambien vos, señor cardenal, dijo el rey un tanto contrariado, tambien vos me pedís lo mismo. Está visto, ese marqués tiene mas amigos que yo, pues ninguno de los que me dan ese título, me ha pedido aun el pronto y egemplar castigo del criminal.

—Señor, Dios perdona, los reyes deben imitarle.

—Por Cristo que ya me impacientais. Hea, salid pronto de aquí y dejadme solo con el conde de Castrillo, á quien tengo que consultar cosas de mucho mas interés.

—Mas cómo sabré yo la resolucion de vuestra magestad, se atrevió á preguntar Mendoza.

—Marchad sin cuidado, el rey os promete contestar á vuestra súplica, la única que me parece atendible.

El cardenal y Mendoza saludaron respetuosamente al rey y salieron.

Cuando estuvieron fuera:

—Qué esperais Sr. D. Alvaro, dijo el cardenal.

—Salvar al marqués, al que voy á ver si puedo hablarle.

—Dios os haga profeta.
Y se separaron.

XVIII.

Consecuencias de un error.

Gravísima por demás era la situacion de los personajes de nuestra historia.

El marqués preso en la cárcel de Córte; Blanca luchando con la muerte, doña Margarita llena de pena y llorando por el estado de su cuñada, cuya juventud y hermosura interesaba á todos; D. Luis de Sandoval seriamente preocupado por aquellos acontecimientos, el cardenal mucho mas; Don Luis de Haro abatido y lleno de afliccion por no poder conseguir el perdon de su hijo, primera gracia que en muchos años le habia negado el rey. Solo D. Alvaro de Mendoza alimentaba la alagüena esperanza de salvar la vida á su amigo. ¿Cómo iba á terminar aquello? Los lectores que deseen saberlo, sigannos con D. Alvaro á la prision del marqués, tres dias despues de lo que hemos referido en el capítulo anterior.

En uno de los calabozos altos de la cárcel de Córte, débilmente alumbrado por un rayo de sol que penetraba por una alta ventana con triple reja, se encontraba el joven marqués de Lichen, hacia ya cuatro dias.

La situacion y el aspecto que presentaba el amante de la desgraciada Blanca era por demás triste y conmovedor. Ya no era aquel joven bello y elegante en cuyo rostro se respiraba la noble prosapia de que descendia, ni en sus ojos brillaba el fuego de la juventud, de la alegria y de la felicidad. Pálido, desencajado, de mirada triste y apagada, de abatido aspecto, el marqués, el bizarro coronel de la guardia española, cuyo uniforme vestia aun, no era ya mas que su sombra, pero una sombra salida de la tumba.

Cuatro dias hacia que el marqués habia sido preso en el acto de ir á consumir un delito, que se paga siempre con la cabeza, y aun no habian podido arrancarle una palabra que pudiera orientar á la justicia de la mayor ó menor trascendencia del crimen de que estaba convicto. El marqués contestaba á cuantos interrogatorios le hacian, las mismas palabras.

—Pues, lo sabeis todo, decia, ¿á qué me preguntais?

Y de nuevo quedaba silencioso y pensativo.

Ni una sola vez habia preguntado por su padre, ni aun por Blanca. Comia lo que le ponian delante; dormia vestido, recostado

sobre un duro lecho que en su prision tenia. Su estado empezaba á causar alarma al juez que entendia en su causa, el que lo sometió al dictámen de un facultativo.

La puerta del calabozo del marqués se abrió para dar paso á Mendoza, que iba todo vestido de negro y no llevaba espada.

El preso volvió la cabeza, miró al que acababa de entrar, y su mirada antes triste y apagada pareció animarse algun tanto.

Mendoza le contempló algunos minutos en silencio, y viendo la inmovilidad de su rostro dijo para sí.

—No hay remedio, tendré que recurrir á las grandes impresiones y contarle todo lo que ha producido su loco atentado.

Y en voz alta añadió:

—Con que no quieres reconocerme, marqués, tan pronto te has olvidado de tu leal y verdadero amigo?

—Si os conocí en otro tiempo y por amigo os tuve, dias hace que ese título habeis perdido.

—Miradme bien, marqués de Lichen, miradme, y si conservais la razon en su cabal estado, adivinará vuestra inteligencia, ofuscada hoy, que nunca merecí vuestros reproches, y en las presentes circunstancias menos.

El marqués pareció despertar de un sueño. Por dos ó tres veces se pasó la mano por los ojos, miró á Mendoza y levantándose del sillón en que estaba sentado avanzó hácia él.

—Mendoza, ¿qué pasa?

—¡Ah! veo que recordais vuestra situacion.

—Sí, pero qué ocurre?

—Que habeis cometido un delito que no tiene excusa alguna, y cuyas consecuencias son tanto ó mas deplorables que vuestra situacion.

—Qué no hay nada que justifique mi venganza?

—No. Vuestra venganza es hija de un lamentable error. Oid, y á cuanto voy á contaros, dad entero crédito como salido de una boca que nunca se ha abierto para dar paso á la mentira.

Mendoza contó al marqués, que le escuchó atentamente, cuanto habia contado á Sandoval, lo cual evidenciaba el funesto error que habia impulsado al desventurado jóven á intentar tan nefanda accion.

—Es eso cierto?

—Sí.

—Entonces, Alvaro, amigo mio, perdona mi injusticia. En todo he procedido equivocadamente. Conozco que merezco la muerte,

y nada haré para evitarla. Solo siento el dolor que mi delito habrá causado á mi anciano padre.

El marqués dijo estas palabras con triste y sentido acento, que demostraba la mas profunda conviccion.

—Armame de valor, marqués, aun no sabes todo el mal que has hecho, mira el color de mi traje.

—¿Será posible? ¡Blanca, mi padre!

—A los dos les ha alcanzado tu error.

—Habla, ¿que sucede?

—Necesito antes seguridades de que tu valor sobrepuja á las desventuras de la vida.

—Cualquiera cosa que sea, te prometo resignarme con lo que mi aciago destino me depare. Pero Blanca y mi padre....?

—Blanca, la pobre niña ha recibido como un don del cielo el completo extravio de su razon, é ignorando la situacion en que te encuentras, su estado ha aminorado penas mayores que tú le querias proporcionar.

—Blanca loca!

—Sí, loca, loca pensando en tí y llamándote sin cesar, sin que comprender pueda la intensidad de mayores dolores que en otra situacion hubiera sentido. Por eso he dicho que su estado era un don del cielo. Mendoza calló. El marqués apoyada la cabeza entre sus manos derramaba un raudal de lágrimas. Mendoza respetó su dolor algunos minutos y enseguida añadió.

—D. Luis de Haro, tu anciano y amante padre, no ha podido resistir tampoco á una prueba tan cruel como la de perder á su único y querido hijo. El egregio duque del Carpio duerme ya en este momento en el panteon de sus mayores. Yo mismo he acompañado sus inanimados restos á San Felipe el Real.

El marqués levantó los ojos al cielo y dijo:

—Dios mio, grandes mis culpas son, cuando de un golpe me arrebatas los dos seres mas queridos de mi alma. Venga pronto el verdugo á poner fin á esta miserable existencia.

—No, marqués, no, que aun vivo yo que juré á tu padre en sus últimos momentos, salvar tu vida y limpiar tu nombre de la deshonra que le empañó tu lamentable error. Oye el contenido de este papel, y tu nobleza y rectitud juzgue despues. Mendoza sacó un papel, le desdobló y leyó con acento pausado y solemne.

—«A D. Alvaro de Mendoza, mi gentil hombre de camara: el Rey.

Me he enterado minuciosamente de los papeles que me entregasteis, y comprendo

que el que en la realidad es el culpable ha sido la víctima de unos intrigantes, por lo que consentir no puedo que un inocente pague culpas ajenas. En su consecuencia, concedo amplio y generoso perdón al marqués de Lichen, devolviéndole todos los honores y dignidades que disfrutaba antes de ser procesado, pero con la espresa y especial condicion de salir inmediatamente de Madrid, para incorporarse al ejército de Portugal que manda mi amado hijo Don Juan de Austria. Comunicad esta mi real disposicion al juez de la causa, interin mi ministro el conde de Castrillo espide el mandamiento de libertad y sobreseimiento.—*Felipe.»*

—Ese monarca magnánimo y generoso, dijo Mendoza, contra cuya vida atentastes, te ha perdonado. Mañana, quizá hoy serás libre; tu conciencia te dicta el deber del noble y del caballero. Parte á ocupar en el ejército el lugar que te corresponde, que aquí quedo yo para velar por Blanca y activar el castigo de los verdaderos culpables.

—Tienes razon, yo no he de ser menos que Felipe IV, y nunca olvidaré los consejos y lecciones de mi padre. El rey me ha otorgado la vida, y está no pudiendo ser de Blanca será suya y la perderé si es preciso combatiendo á los enemigos de su corona.

Aquella tarde fué puesto en libertad el marqués, y aquella misma noche partió para ponerse al frente de su regimiento que habia sido destinado al ejército de Portugal.

La clemencia de Felipe IV produjo un admirable efecto. Su justicia, en cambio no daba grandes muestras de actividad, en castigar á los verdaderos culpables.

XIX.

El convento de San Plácido.

Han trascurrido dos meses desde los contecimientos últimamente narrados.

Grandes cambios se han verificado en la corte. La repentina muerte de D. Luis de Haro ha elevado al cardenal Sandoval al ambicionado sillon ministerial. Pero el cardenal no es tan feliz como el de Haro, pues tiene que compartir el gobierno con otros dos colegas, el conde de Castrillo y el duque de Medina de las Torres, nombrados por el rey ministros ó secretarios de su despacho. Las satisfacciones del cardenal eran propiamente sinsabores, pues á mas de su limitada autoridad, en su familia habian sobrevenido tantos contratiempos, que su corazon estaba tan afligido como contrariada su voluntad.

Ya habrán visto nuestros lectores como el marqués de Lichen, perdonado por el rey, habia partido para el ejército, por consiguiente el único que quizá hubiera podido devolver la razon á Blanca, estaba lejos de Madrid tal vez para no volver mas. Blanca asegurada su vida, aunque perdido el juicio, continuaba en el mismo estado. Su locura era tranquila, pues no hablaba de otra cosa que del marqués y de Margarita. Esta habia tenido varias y acaloradas esplicaciones con su esposo, el resultado de las cuales fué que de la noche á la mañana doña Margarita presentó la renuncia del cargo de dama de la reina que disfrutaba, y no volvió á aparecer mas por la corte. Susurrábase que D. Luis la habia encerrado en un convento, ignorándose mas pormenores.

De los restantes personajes de esta historia diremos tambien algo. D. Alvaro de Mendoza continuaba lo mismo, si bien se le notaba un semblante casi siempre pálido y triste. En ausencia del marqués, que habia sido su mas íntimo amigo, Mendoza habia estrechado el trato con D. Luis de Sandoval, con el que tenia frecuentemente largas conversaciones de las cuales los mas curiosos nada podian averiguar. D. Diego de Luna continuaba disfrutando del favor del rey, á pesar de lo ocurrido, y en cuanto á doña Inés, se habia marchado de Madrid alegando que queria vivir en sus posesiones de Estremadura, aunque algunos que se decian bien enterados de todo, alegaban que estaba en un encierro para el resto de su vida. El italiano Rolando, libre de la horca gracias á la proteccion de D. Alvaro, habia salido de la cárcel para una deportacion perpétua en las islas Marianas. Finalmente, D. Juan de Osorio, siguiendo á su regimiento, se encontraba haciendo la campaña de Portugal.

Ya que hemos esplicado la respectiva posicion de los personajes de esta historia, reanudaremos el hilo de nuestra narracion.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

LA GLORIA TERRESTRE.

¡Ya todo se acabó! ¡mirad al hombre
Que se entregó al estudio con desvelo!
¡Solo queda la cifra de su nombre
Y un puñado de polvo en este suelo!

¡Ya todo se acabó! El postrer sonido
Que despidió esa fúnebre campana,
Llamóle, ¡ay! triste, á la mansion de olvido,

Que absorbe sin cesar la raza humana!

Y al par que ese sonido plañidero
Se estingue su memoria dolorosa:
Hoy su pérdida llora el mundo entero,
¡Mañana ni una flor habrá en su losa!

Que este frívolo mundo al que hoy admira
Mañana olvida..... Como tierno infante,
Roto juguete con desprecio mira,
Y algún nuevo joyel busca anhelante!

A su ánimo voluble y siempre inquieto
Nada le importa que inferior le sea,
Basta la novedad, basta un objeto,
En que pueda fijar su errante idea!

Del que cobija ya sudario triste
Nada interrumpe el eterno reposo:
¡Flor que sobre las aguas te meciste,
Quién te busca entre el limo cenagoso!

Y aunque á futura edad lograra el necio
Su memoria dejar esclarecida,
¿Cuál fuera, oh Dios, el encumbrado precio
Del rudo afán que consumió su vida?

Que mañana al cruzar el peregrino
Triste osario cubierto por la yedra,
Se detenga asombrado en su camino
Fijos sus ojos en la yerta piedra;

Y al ver en ella, con respeto santo,
Nombre glorioso que inmortal retumba,
Una hoja de laurel, bañada en llanto
Ponga con mano fiel sobre la tumba.

Mas si siguiendo audaz en su porfía
Osara levantar la piedra helada,
¡Cómo lleno de horror contemplaria
Del que admiró la desleznable nada!

¡Ceniza y corrupcion es lo que queda
De esa existencia há poco tan lozana!
¿Qué le importa al vil polvo que conceda
Un lauro á su saber la raza humana?

¿Qué le puede importar ese murmullo
Que elevará tal vez la edad futura,
Su nombre proclamando con orgullo,
Mientras yace en humilde sepultura?

Keper, Newton, Arquímedes, Homero,
Genios que el mundo con orgullo ostenta,
¿Dó estais, quién sois? ¡Tal vez polvo ligero
Donde la oruga vil su trono asienta!

¡Miseria humanidad! esa cabeza,
Que en su orgullo, tal vez del firmamento
Pretendió analizar la alta grandeza,
Es juguete de un átomo de viento!

¿Por qué tanto afanar? ¿Por qué consume
Con incesante ardor su vida el hombre
Y olvida de virtud grato perfume
Para alcanzar esclarecido nombre?

¿Por qué tanto afanar? ¿Por qué corremos
Con locura sin par tras gloria vana?
¡En el eterno porvenir pensemos
Antes que suene la fatal campana!

ANGELA GRASSI.

LA MUJER Y LAS FLORES.

(Continuacion.)

XXIV.

LA ALBAHACA.

Era una apacible tarde de Otoño. En el frondoso jardín de una elegante casa de campo, no lejos de la ciudad de..... y en un fresco pabellon situado en uno de los ángulos se encontraban reunidas tres señoras entregadas á sus labores.

Dos de ellas, jóvenes y hermosas, vestían sencillos pero elegantes trages y estaban bordando una gran tapiceria en un solo telar, colocadas una á cada lado del mismo. La otra, que era una señora mayor, que contaría unos setenta años, hacia calceta sentada en una mecedora y llevando montadas sobre su nariz unas grandes gafas con armazon de oro. Si el aspecto de las jóvenes era simpático por su juventud y hermosura, el de la señora mayor no lo era menos por la venerable bondad que se retrataba en su semblante. El del pabellon en que se encontraban, por su lujoso mobiliario, lo mismo que el de toda la posesion, indicaban que sus dueños eran ricos.

Doña María, la señora mayor, era viuda de un opulento banquero del que solo tuvo un hijo, el cual habiendo casado muy joven fué víctima del cólera lo mismo que su esposa, dejando al cuidado de su madre á los tres hijos habidos en su matrimonio, un varon y dos hembras, Pilar y Adela, las que hemos presentado ya á nuestras lectoras.

Doña María amaba con delirio á sus nietas, y no menos á Raimundo su nieto, que apesar de su acaudalada posicion, habia estudiado con aprovechamiento y obtenido el título de ingeniero de caminos, canales y puertos.

Pilar y Adela, correspondian con toda la efusion de sus jóvenes corazones al amor de su abuela, atendiendo sus consejos y obediéndola, sin replicar, en todo. Así de esa manera llegaron á ser humildes, modestas, aplicadas y laboriosas.

La tarde de que tratamos, estaban en el pabellon como de costumbre, trabajando en sus labores. Pilar y Adela, estan concluyendo un tapiz que destinan á la capilla de

un hospital; la abuela está haciendo medias para que los pobres ancianos del hospicio puedan abrigarse en el invierno.

Colocado el telar junto á una gran ventana que mira al Oriente, sobre cuya repisa se ven dos ó tres macetones de mármol blanco, con flores, la brisa de la tarde robándoles su perfume lo esparce por la habitación.

—Abuelita, no ha notado V. qué ambiente mas perfumado se respira, dice Pilar.

—Es el perfume de la *Albahaca*, contesta Adela.

—Teneis razon, queridas mias, responde la abuela, y con esto me haceis memoria de que hoy no hemos hablado de botánica como otros días.

—Es verdad, la oiremos á V. con gusto, dije Pilar.

—No tengo yo hoy mucho humor de hablar y por consiguiente hablará otro por mí. Tú, Adela, ves al cuarto de tu hermano, y en su biblioteca, estante segundo, verás entre otros un libro con lomo encarnado, en el cual se lee: *Diccionario de Botánica*; tráctelo.

Adela dejó la aguja, se levantó y fué á cumplir lo que le habia mandado su abuela. A los cinco minutos estaba de regreso con el libro pedido.

—Habeis hablado de la *Albahaca*, porque ahí en la ventana teneis una maceta que contiene un ejemplar hermosísimo. ¿No teneis curiosidad por saber su historia?

—Sí, contestaron las dos jóvenes.

—Pues tú, Pilar, abre ese libro y busca el nombre *Albahaca*, él hablará por mí.

Pilar cogió el infólio, hizo lo que le habia dicho su abuela y leyó lo siguiente:

«**ALBAHACA.**—*Ocimum*. Primer genero de las *Labiadas*. Tiene el cáliz con el labio superior orbicular y el inferior cuadrifido, y la corola con uno de los labios cuadrifido y el otro entero. Sus especies mas importantes son diez, y es aplicable á la medicina, á la perfumería, al arte culinario, á la tintorería, etcétera. Una de sus especies se usa como diurético y sudorífico; otra ataca las fiebres biliosas; otra combate las afecciones catarrales, y otra, en fin, la *Albahaca peluda*, *Ocimum pilosum*, indígena de la India, la infusion de sus semillas sirve para calmar los dolores de parto. La *Albahaca salada*, *Ocimum salinum*, planta anual de Chile, destila diariamente algunas gotas de agua salada, las cuales se usan en vez de sal para sazonar los condimentos.—

Calló Pilar. Habia terminado su lectura. Abuela y nieta permanecieron algunos minutos en silencio, por fin dijo la primera.

—Ya sabeis lo que es la *Albahaca* como

ser vegetal. Como emblema moral ¿sabeis lo que significa?

—No señora.

—Pues significa el odio.

—Que lástima, dijeron casi á la vez las dos hermanas, que represente cosa tan despreciable ¡Y á nosotros que nos gusta tanto!

—Nada importa eso, hijas mias, puede gustaros la *Albahaca*, pero debereis odiar con toda vuestra alma á todo aquello que se separe de los divinos preceptos escritos en el Decálogo. La mujer honrada y buena puede amar las flores y ser enemiga de lo que estas representen, siempre que sea atentatorio á su recato y virtud. No olvideis nunca mis consejos que algun dia os servirán de mucho.

Al llegar aqui la abuela, oyóse el sonido de una trompa de caza, ladridos de perros, y poco despues los herrados cascos de los caballos resonaban en el patio de la quinta.

—Ya ha regresado Raimundo de su cacería, vamos á darle un abrazo y á comer, creo que ya es la hora. Dejad el trabajo y hasta mañana que continuaremos nuestras explicaciones de botánica,

XXV.

LA MEJORANA.

A la tarde siguiente, casi á la misma hora y en el mismo sitio se reunieron las dos hermanas para continuar su comenzada labor.

La abuela presidia aquella sesion de trabajo, como de costumbre, estimulándolas con el que ella hacia, pues no dejaba nunca la calceta de la mano.

Una fresca brisa, penetrando por la abierta ventana del pabellon impregnada del aroma de las flores, que en la repisa de la misma se encontraban, convertia aquella estancia en un delicioso sitio, en una especie de oasis donde el calor canicular apenas es sensible.

—No se por qué, decia Pilar á su hermana, pero hoy no se percibe como ayer el aroma de la *Albahaca*.

—Es verdad, contestaba Adela, pero en cambio, la *Mejorana* despide el suyo con profusion, y para mí es mucho mas agradable que el de la otra.

—Indudablemente que es así, dijo la abuela y eso me obliga á preguntaros, ya que esa planta ha llamado esta tarde vuestra atencion, conoceis sus propiedades y su historia?

—No, respondieron las dos hermanas.

—Poca cosa es la *Siempreviva*, dijo Pilar cuando concluyó de leer su hermana.

—Eso lo crees tú, respondió la abuela, pero es todo lo contrario. La *Siempreviva*, símbolo de la virtud, que es eterna, impere-

—Pues el mismo maestro que os enseñó ayer las de la Albahaca, os vá ha enseñar hoy las de la Mejorana. Dadme el Diccionario, que aun lo veo ahí encima del velador, y sin que tengais que dejar el trabajo os leeré lo que diga respecto á esa planta.

Pilar se levantó á entregar el libro á su abuela á la que dió al mismo tiempo un cariñoso beso.

La abuela se afirmó las gafas, devolvió el beso á su nieta, buscó el nombre y leyó lo siguiente:

MEJORANA.—*Majorana hortensis*. Décimo tercero género de la familia de las *Labiadas*. Es planta perene de Europa y se cria fácilmente en todos los jardines. Sus hojas son estimulantes, y reducidas á un polvo muy fino se administran como estornutatorias. Sirve tambien en la perfumeria, entrando en la composicion de ciertas aguas balsámicas y desinfectantes. Los confiteros suelen usar la semilla para la preparacion de la gragea fina.»—

Concluyó la abuela la lectura y cerró el libro.

—Ya sabeis lo que es la Mejorana. Util y agradable á la vez, pasa desapercibida para muchos, porque no tiene el incentivo de matizados colores, que otras flores de menor importancia poseen, con los que llaman la atencion de los que incautos desconocen el bien que su posesion puede reportarles. Lo mismo sucede con algunas mujeres. Su elegancia, sus maneras distinguidas, el buen tono de que hacen alarde, cualidades todas ficticias é hijas del estudio y del modo de agradar de hoy, que es el modo de engañar, seducen al hombre, incauto que se gobierna solamente por la impresion de un falso sentido, mas que las que modestas, sencillas y sin pretensiones, que son en nuestra sociedad como la planta exótica en nuestros climas.

Las primeras, desprovisto el corazon de esa ternura que aquilata el valor moral de la mujer, que es el único que no pierde nunca, ni aun á la Mejorana pueden compararse. Las otras son, y yo deseo que las imiteis, como esa planta cuyas propiedades habeis deseado conocer. Útiles en la familia, como la otra indispensable en todo jardin, hacen el bien agradablemente, y con ellas la vida ya no es un destierro triste, sino una morada de felicidad relativa, porque á la bondad con que cumplen su mision, se agrega la agradabilidad de su sencillez y de su modestia. Las mujeres de esas condiciones, no muy comunes en el dia, tardan á ser conocidas, pero una vez han probado

sus buenas cualidades, todos los hombres sensatos las aprecian y las desean por compañeras. ¿Qué lauro mayor puede obtener en su vida la mujer, que hacer grato su recuerdo á sus hijos? Los triunfos efimeros de la vanidad y del orgullo, son pobres si se comparan con la satisfaccion que reporta una conciencia tranquila, cuando se han cumplido los deberes, tal como la religion y la moral ordenan. Valdrá mas que el dia de mañana digan de vosotras han sido buenas esposas y buenas madres, que no que os citen como modelos de elegancia y de buen gusto. Lo primero llena el alma sin producir ningun mal resultado; lo segundo acarrea la envidia, despierta la crítica y á veces engendra la difamacion. No olvideis nunca estos consejos, que debeis á la Mejorana.

XXVI.

LA SIEMPREVIVA.

Las dos jóvenes permanecieron calladas, meditando lo que su abuela acababa de decirles, con ese persuasivo acento de la ancianidad.

Unos diez minutos duró el silencio, hasta que la abuela dijo:

—Queridas niñas, de todas las flores que hermocean el jardin, de cuantas en sus macetas, colocadas en esa ventana, embalsaman con sus perfumadas emanaciones esta estancia, quizá la única que tiene mérito absoluto es la que no os ha llamado la atencion.

—Y cuál es, abuelita, preguntó Pilar.

—Esa que teneis arrinconada.

—¿La Siempreviva?

—Justamente.

—¿Y en qué consiste su mérito?

—En que lo mismo en el tallo que la nutre, que separada de él, se conserva siempre en el mismo estado.

—Calle, y es verdad, la abuelita tiene razon. ¿Y cuáles son sus propiedades? Dijo Adela.

—Tú misma vas á decírnoslo; ahí tienes el diccionario.

Adela tomó el libro, y despues, de buscar en él lo que necesitaba, leyó lo siguiente:

«SIEMPREVIVA.—*Xeranthemum*. Cuadrágésimo séptimo género de la numerosa familia de las *Compuestas*. Es planta anual de Europa, cuyos tallos son algodonosos y tienen como una vara de altos. Sus hojas son laureoladas y blanquecinas por bajo y las flores forman cabezuelas simples ó dobles, empleándose para fúnebres recuerdos, formando con ellas ramilletes y coronas. Es inodora y conserva muchísimo tiempo el color.»

cedera, fué quizá la causa de que el gran naturalista Cuvier, que tenia tambien mucho de filósofo, dejase consignado en sus escritos un pensamiento inmortal, que encierra una verdad palmaria para los hombres pensadores.

«*La virtud no tiene precio*, y no cabe ya mas elecuente apología de la tan decantada perfectibilidad humana, realizable cuando hay firme voluntad de que lo sea. Pero yo os estoy aquí hablando de cosas que no os han de parecer inteligibles á vuestras jóvenes inteligencias. Pero voy á probaros con un ejemplo histórico, que es posible la existencia de la Siempreviva en el mundo social.

La abuela descansó unos segundos y prosiguió:

—España, este pais privilegiado por la Providencia, ha suministrado un ejemplar de la Siempreviva animada, es decir, del dechado de virtudes y perfecciones. Hacia el el último tercio del siglo XIII hubo un rey en Aragon que se llamó Pedro III y fué el hijo y sucesor del gran Jaime I llamado ó conocido con el nombre del Conquistador. Aquel rey, entre su descendencia, tuvo una hija, que á una belleza seductora, á una ilustracion no comun entre las damas de la edad media, reunia todas las demás apreciables cualidades que equiparan la mujer á un ángel. Desposada en temprana edad con Dionisio, rey de Portugal, ni el brillo de la cuna, ni el fausto de la diadema que ceñian sus sienas, hicieron variar ni en lo mas mínimo á la que, antes que hija y esposa de rey, tenia en gran aprecio el lauro de las virtudes públicas y privadas. Si tenia que referiros cuanto la historia narra de esa egregia dama, ante la cual se prosternan ahora los cristianos, no acabaria nunca. Solo os diré que la hija de Pedro III, la esposa de Dionisio, rey lusitano, es la que hoy venera la Iglesia con el nombre de Santa Isabel, reina de Portugal. Ahí teneis, pues, la Siempreviva, y efectivamente, siempre vivirá ese nombre mientras en la tierra tenga algun valor la virtud, y las almas grandes respeten y procuren imitar á los virtuosos, cuyo recuerdo es imperecedero para todas las generaciones, que reconocen y acatan la inevitable ley que marca el progreso humano, con tan brillantes figuras como aquellas á las que se puede aplicar la frase de Cuvier «*La virtud no tiene precio*.»

Aquí llegaba la instruida anciana de su peroracion, cuando el toque de la campana anunció que la hora de la comida habia sonado.

Pilar y Adela dejaron su labor, corrieron

hacia su abuela y dándola un cariñoso beso salieron con ella del pabellon para ir á satisfacer una necesidad material, tan indispensable como á veces perjudicial.

XXVII.

CONCLUSION

La excursion filosófica á través de la botánica, emprendida un dia para satisfacer las reiteradas peticiones de una hermosa niña, á quien deseábamos mucho complacer, ha llegado á su término. Podriamos prolongarla aun, y material para ello no nos habia de faltar, mas parécenos que es conveniente la demos por terminada, despues de tratar de una flor que encierra en sí todo el conjunto de lo bueno, por lo mismo que representa lo que es eterno, lo que es imperecedero.

En los capítulos que anteceden hemos procurado desarrollar una enseñanza para la mujer, amena á la par que instructiva, ora recurriendo á la historia, ora fantaseando tipos y escenas, ora copiando del natural esos pequeños soles de hermosura y virtud que alumbran con su refulgente luz, el antro en que vivimos, el mundo habitable y civilizado, este mundo donde la felicidad es un mito, donde la ambicion de los hombres, la vanidad y el orgullo de las mujeres rompen con torpe mano esa dulce cadena de tiernos afectos, que en el órden moral, eslabonando un sér á otro sér, nos conducen por la senda de los deberes sociales, á otra vida donde cada cual obtiene el premio ó castigo segun su proceder.

Que podría evitarse ese desligamiento, tan contrario á la verdadera civilizacion, es indudable. La mujer, ese ser delicado y que tan gran papel representa en la historia de la humanidad, es la única que está llamada á ejercer su saludable influencia, en la salvadora regeneracion que, ha de evitar se precipite en un insondable abismo la frenética sociedad de nuestros dias.

Para llevar á cabo tan loable propósito, que no es la obra de un dia ni de un año, es preciso que la mujer olvidando todo lo frívolo é insustancial, á que hoy vive entregada, se acostumbre á pensar, que así paulatinamente irá comprendiendo la alteza de su mision, y la cumplirá como su recta conciencia le dicte. Hecho eso, podremos esclamar: NOS HEMOS SALVADO.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.